

SOBRE LA ESPIRITUALIDAD DE "CAMINO"

1. UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD

Recuerdo haber oído contar, hace ya bastantes años, que cierto personaje eclesiástico de no sé qué país de Europa preguntó un día al Fundador del Opus Dei: «Dígame, Monseñor, la espiritualidad del Opus Dei, ¿es una espiritualidad benedictina, franciscana, carmelitana, jesuítica...?» «No se esfuerce, amigo mío—le interrumpió sonriendo Mons. Escrivá de Balaguer—; la espiritualidad del Opus Dei es la espiritualidad de Opus Dei.»

A muchas gentes, habituadas a juzgar de las cosas según las apariencias externas, se les hace difícil enjuiciar con acierto las empresas y realidades en cuya entraña late un componente de orden sobrenatural. Ese componente, parte esencialísima y radical de su ser, les suele pasar inadvertido—no cuentan con él—, y entonces el juicio resulta necesariamente equivocado, cuando no pintoresco. Valga de ejemplo tanta literatura periodística sobre temas eclesiásticos como se ha escrito en estos últimos años, o el mero intento de calcular la eficiencia de la Iglesia Católica, aplicando a ella los mismos métodos de «sondeo» que a la «General Motors».

Sería pueril invitar al lector, en pleno año 1965, a emprender la aventura de «descubrir» el Opus Dei. La Obra es hoy sobradamente conocida en el mundo entero, su labor se extiende por toda la faz de la tierra, sus miembros proceden de los más diversos países de los cinco continentes. El Opus Dei no es tan sólo una espléndida muestra, una prueba tangible, de la perenne juventud de la Iglesia de Jesucristo, sino que, incluso como fe-

nómeno histórico, constituye un factor que merece tenerse en cuenta al esbozar el perfil de la humanidad de nuestro tiempo. Pero si nadie ignora la existencia del Opus Dei ni su extraordinario desarrollo, si su realidad visible aparece patente ante los ojos de todos los hombres, pueden ser menos, muchos menos, quienes calen en toda su hondura el «alma» de la Obra, la «secreta fuente» que la anima y da todo su vigor y consistencia a aquellas visibles y patentes realidades.

Esta dificultad no puede sorprendernos, porque es bien sabido que el espíritu humano siente de ordinario una insensible proclividad hacia lo fácil, hacia lo inmediato, que le inclina a detenerse en la anécdota externa y pasajera, perdiendo así capacidad de penetración para discernir aquello que, en las cosas, es realmente importante. No es aventurado decir que uno de los más estimables valores, de las «novedades» importantes que el Opus Dei aporta al mundo de nuestra época es, sin lugar a dudas, su espiritualidad. Y decimos «novedad», y novedad verdadera, porque no es frecuente en la vida de la Iglesia la aparición de una genuina espiritualidad que encauce en su plenitud la vida del hombre según la norma evangélica, todo un nuevo «estilo» de seguir aquí en la tierra el «camino real» de Jesucristo. No es frecuente, porque una espiritualidad auténtica es don del Espíritu Santo—*Spiritus ubi vult spirat* (1)—, que al hombre toca tan sólo recibir con dócil reverencia y procurar luego encarnar con fidelidad delicadísima.

2. UNA ESPIRITUALIDAD PARA LOS LAICOS

La espiritualidad del Opus Dei es esencialmente secular, porque encauza por caminos divinos la vida del cristiano que no tiene vocación religiosa, pero que es consciente de la universalidad del llamamiento de Dios a la santidad y anhela acomodar plenamente su existencia—se sabe *alter Christus*—a la imagen de Cristo Señor, que para todos se ofrece como «Camino, Verdad y Vida» (2). La espiritualidad del Opus Dei es primordialmente laical, porque anima sobrenaturalmente la vida de hombres y mujeres cristianos, que no son ni aspiran a ser más que simples fieles—personas corrientes de todas las condiciones sociales—, pero que desean esforzarse seriamente por lograr la perfección de su vida cristiana, sin que ese anhelo tenga por qué alterar en lo más mínimo la radical autenticidad y la integridad de su condición laical, ni les aparte un ápice del lugar que ocupan en el mundo o de la función que desempeñan en la sociedad civil (3).

La espiritualidad del Opus Dei, tantas veces aprobada y alabada del

(1) Jn 3, 8.

(2) Jn 14, 6.

(3) Vid. JUAN BAUTISTA TORELLÓ, *La espiritualidad de los laicos*. "Nuestro Tiempo", n. 127, enero 1965.

modo más solemne y expresivo por la Suprema autoridad de la Iglesia, nos aparece ahora contrastada por una intensa y dilatada experiencia. Muchos miles de hombres y mujeres de más de sesenta países distintos, de las razas, mentalidades, profesiones y condición social más diversas, viven hoy ese mismo espíritu y han hallado en él pauta segura y adecuada a su personal circunstancia para comportarse en su vida como verdaderos discípulos de Jesucristo. Con razón ha podido escribir el Fundador del Opus Dei: «Se han abierto para todos los hombres los caminos divinos de la tierra.» Para todos los hombres, no ya solamente para unos pocos cuya vocación fuera el *contemptus mundi*; y no un camino tan sólo, sino muchos caminos humanos, que al seguir a Cristo se convierten en caminos divinos.

Pero esa espiritualidad, hondamente secular y de recia raíz evangélica, no ha ido surgiendo al compás de las circunstancias, como resultado de las experiencias vividas por el Opus Dei en su rápido crecimiento. Es la misma espiritualidad que animaba a la Obra desde su origen, sin que el paso del tiempo haya servido—lo dijimos antes—sino para confirmar su eficacia sobrenatural y su validez para con toda clase de hombres. Por eso, cuando ahora intentemos trazar algunos rasgos del espíritu del Opus Dei, recurriremos como única fuente a «Camino», un libro de su Fundador, escrito hace treinta años. La razón es muy sencilla: «Camino», bien claro está, no recoge toda la espiritualidad de la Obra, ni se dirige solamente a sus miembros, sino a todos los cristianos y aún no cristianos; buena prueba de ello es su enorme difusión, que puede considerarse sin precedentes en un libro de este género. Pero «Camino» está todo él impregnado de la espiritualidad del Opus Dei, y, además, Mons. Escrivá de Balaguer lo escribió cuando la Obra, apenas conocida, era como el humilde grano de mostaza de la parábola. Así, pues, si el tiempo es dato con el que conviene contar siempre, la cronología cobra en este caso excepcional importancia. «Camino»—no lo olvidemos—se escribió hace más de un cuarto de siglo; al leerlo ahora, con la perspectiva de los años transcurridos desde entonces, no tan sólo admiramos los trazos firmes del espíritu del Opus Dei, cuando la Obra la formaba apenas un puñado de hombres, sino que podemos también apreciar la tremenda «novedad» que esa espiritualidad—hoy ampliamente difundida—representaba para la Iglesia y para la mentalidad de los católicos de aquella época.

3. UNA ESPIRITUALIDAD ESENCIALMENTE SECULAR

El espíritu del Opus Dei, tal como aparece en «Camino», es un espíritu hondamente secular. El laico, el simple fiel que inspire en él su vida, sabe que está llamado también a la perfecta imitación de Jesucristo, porque la vocación cristiana a la santidad es universal. Insólitas habían de

parecer cuando se escribieron estas palabras, que venían a romper muy viejas y arraigadas concepciones de la vida espiritual: «Tienes obligación de santificarte. Tú también. ¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: «Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto» (4). Imitación de Cristo, que se concreta en vivir la vida que Jesús vivió y señaló a sus discípulos. ¿Por qué seguirla ha de constituir rara excepción, por qué ha de ser camino de pocos? Un horizonte inédito, un «nuevo Mediterráneo», abre ante los ojos del laico cristiano una espiritualidad que le anuncia que su camino en el mundo puede llegar a convertirse en camino divino, porque seguir de cerca al Maestro tal vez sea camino de muchos, también el suyo.

El encuentro personal con el Señor, que puede decidir la vida de un hombre, el laico cristiano lo tendrá de ordinario allí donde está, en medio del mundo. Así sucedió con los primeros discípulos; ¿por qué sorprendernos si vuelve a ocurrir?: «Lo que a ti te maravilla, a mí me parece razonable. ¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión? Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes; a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores. Y, ¡asómbtrate!, a Pablo, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos» (5).

Pero para el cristiano corriente, que vive en medio del mundo y en el mundo escuchó la llamada de Cristo, ese encuentro personal con el Señor no tiene por qué inducirle a abandonar un mundo al que ama y en el que Dios lo buscó, una sociedad terrena en la que, por Voluntad divina, se encuentra inmerso: «¡Qué afán hay en el mundo por salirse de su sitio!» (6). Lejos de eso, la espiritualidad del Opus Dei exige al laico cristiano que permanezca, porque tal es su vocación, junto a sus hermanos los hombres, en aquellas circunstancias concretas en que se halla, que son expresión inequívoca de la voluntad de Dios: «Me preguntas... y te contesto: tu perfección está en vivir perfectamente en aquel lugar, oficio y grado en que Dios, por medio de la autoridad, te coloque» (7). Y allí, precisamente, desde el oficio y lugar que en la sociedad ocupa, ese cristiano, con su testimonio, con su presencia activa, encuentra ancho campo para su generosa dedicación al servicio de Jesucristo y trabaja eficazmente en esa noble tarea de reconducir a Dios todas las realidades humanas, que constituye la esencia de la *consecratio mundi*: «Dios quiere un puñado de hombres «suyos» en cada actividad humana. Después... «pax Christi in regno Christi», la paz de Cristo en el reino de Cristo» (8). En fin, la santidad del laico cristiano, del hombre del Opus Dei, requiere una espiritualidad que responda a las exigencias de su propia condición, muy diversa, por tanto, de las espiritualidades fundadas sobre el *contemptus mundi*, que practican las almas que Dios llamó al estado religioso. Espiritualidad nueva, distinta,

(4) MONS. JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER: *Camino*, 291.

(5) *Ib.*, 799.

(6) *Ib.*, 832.

(7) *Ib.*, 926.

(8) *Ib.*, 301.

pero muy vieja a la vez, tanto como el evangelio. Por ello, «Camino» aconseja a ese cristiano: «procura conocer e imitar la vida de los discípulos de Jesús, que trataron a Pedro y a Pablo y a Juan, y casi fueron testigos de la muerte y resurrección del Maestro» (9).

4. LA EFICACIA SANTIFICANTE DEL TRABAJO

El hombre de nuestra época, en grado mucho mayor de lo que ocurrió en otros tiempos, es un hombre que trabaja. Son cada vez menos las personas—varones y mujeres—que no tienen un quehacer profesional, y el mismo trabajo ha pasado a ocupar un lugar de primacía en la escala de los valores humanos. La espiritualidad del Opus Dei eleva el trabajo del hombre a un orden trascendente y lo convierte para el cristiano en factor decisivo de su propia santificación.

El laico cristiano, el hombre del Opus Dei, encuentra en su trabajo profesional un instrumento de lucha ascética y una ocasión de imitar de cerca la vida de Jesucristo. El trabajo es para él un deber social y el medio de ganarse el pan de cada día, como ocurre con todos los hombres de su condición. Pero el trabajo es, también, un deber cristiano, inseparable de su camino tras las huellas del Señor: «No me explico que te llames cristiano y tengas esa vida de vago inútil. ¿Olvidas la vida de trabajo de Cristo?» (10).

Ante un mundo dominado por el signo del trabajo ha querido Dios que los treinta años de oculta y laboriosa existencia de Jesús brillen ahora con nueva luz y sirvan de ejemplo y norma de vida para los laicos cristianos que quieren hoy ser sus discípulos. La espiritualidad del Opus Dei inculca a sus miembros y a todos los hombres el deber del trabajo: «Me gusta tu lema de apóstol: «trabajar sin descanso» (11). Un deber que mejora la eficacia terrena del hombre, pero que, sobre todo, le santifica, porque el trabajo del cristiano es servicio de Dios: «Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo» (12). Todo trabajo, desde el más humilde hasta el más encumbrado, es santificable, pues «La santidad «grande» está en cumplir los «deberes pequeños» de cada instante» (13). Pero cualquier trabajo, sin distinción, requiere una seria competencia en quien lo realiza, porque sólo así podrá ser un digno servicio a Dios. Para quien haya de ejercer una profesión intelectual, la competencia se logra mediante el estudio: «Estudia. Estudia con empeño.

(9) Ib., 925.

(10) Ib., 356.

(11) Ib., 373.

(12) Ib., 359.

(13) Ib., 817.

Si has de ser sal y luz, necesitas ciencia, idoneidad» (14). Y, en todo caso, la preparación técnica para el desempeño de la propia profesión es deber de conciencia: «El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros» (15).

5. SENCILLEZ Y NATURALIDAD

La espiritualidad del Opus Dei, tal como se nos va desvelando a través de las palabras de su fundador, es una espiritualidad—volvamos a recordarlo—para laicos cristianos que viven en medio del mundo. A esos hombres es a quienes trata de santificar, y por eso les propone, adecuado perfectamente a sus circunstancias, un camino de imitación fidelísima de Jesucristo. Pero esa dedicación al servicio del Señor en nada altera la radical autenticidad de su condición laical, su enraizamiento profundo en la entraña misma de la sociedad civil. Por esa razón, la espiritualidad del Opus Dei pide al seglar cristiano que viva tal cual es, como un hombre corriente, sin demacrar artificiosamente el rostro, como los fariseos del evangelio, ni adoptar falsas y estudiadas posturas. El laico cristiano vivirá su vida con una plena naturalidad, que no es sino reflejo de la sencilla verdad de su existencia: «Naturalidad. Que vuestra vida de caballeros cristianos, de mujeres cristianas—vuestra sal y vuestra luz—fluyan espontáneamente, sin rarezas ni fionerías: llevad siempre con vosotros vuestro espíritu de sencillez» (16).

Esa sencilla naturalidad, sin trampa ni cartón, es sin duda alguna uno de los mayores atractivos que, incluso bajo un prisma meramente humano, ofrece el espíritu del Opus Dei. Pero la naturalidad propia del cristiano que se describe en «Camino» tiene un modelo entrañable en la discreta existencia de Nuestra Señora: «María Santísima, Madre de Dios, pasa inadvertida, como una más entre las mujeres de su pueblo. Aprende de Ella a vivir con naturalidad» (17). Como ella que vivió cual una más entre las mujeres de su pueblo, el laico cristiano es también un hombre más entre sus conciudadanos, y su naturalidad nada tiene de táctica o de técnica apostólica. Por eso no se inquieta si su limpia vida cristiana despierta la curiosidad de los demás: «no os preocupe si por vuestras obras «os conocen». Es el buen olor de Cristo» (18); como no se inquieta tampoco porque esa existencia cristiana, vivida sin disimulos, puede contrastar con la de otras gentes: «Y den un ambiente paganizado o pagano no parecerá pos-

(14) Ib., 340.

(15) Ib., 334.

(16) Ib., 379.

(17) Ib., 499.

(18) Ib., 842.

tiza mi naturalidad?, me preguntas. Y te contesto: chocará, sin duda, la vida tuya con la de ellos; y ese contraste, por confirmar con tus obras tu fe, es precisamente la naturalidad que yo te pido» (19).

La naturalidad llevará al laico a ser siempre consecuente consigo mismo, y a dar, por tanto, donde quiera que esté, claro ejemplo de testimonio cristiano, precisamente porque la verdad de su vida no le permite jamás adoptar actitudes híbridas, ni encender una vela a Dios y otra al diablo: «¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional, o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?» (20). El seglar cristiano asume siempre la irrenunciable responsabilidad de ser testigo de Jesucristo.

6. LA POBREZA CRISTIANA

En esta época que nos ha tocado vivir, el hombre se interesa con pasión por los bienes de la tierra. Se lucha por unas nuevas estructuras económicas y sociales, se percibe por doquier el ansia de una mayor justicia en el mundo, de una distribución más equitativa de la riqueza, y es éste un anhelo tan universalmente sentido, que podemos juzgarlo como uno de los rasgos característicos de nuestro tiempo. De otra parte, y especialmente en los países que han alcanzado cierto grado de desarrollo, los pueblos ambicionan un nivel material de vida cada vez más alto y refinado, sin que se adivine si algún día conocerán límite esas apetencias.

El cristiano de hoy, testigo de su tiempo, contribuirá activamente a la consecución de esa mejor justicia en la tierra y a la elevación del nivel, no tan sólo material, sino también moral, espiritual, educativo, de todos sus conciudadanos. Pero ese cristiano no puede, sin embargo, olvidar que el Señor, que nació pobre, quiso que la pobreza fuese compañera inseparable de su vida y que, por tanto, esa pobreza será siempre virtud indispensable para sus discípulos, cualesquiera que sean las estructuras económicas vigentes. El amor a la pobreza, aconsejado por Cristo a quienes desearan seguirle, es amor al que no puede renunciar el laico cristiano. Por eso, «Camino» enseña que, sea cual fuere el nivel de bienestar a que llegué la población de un país, la sobriedad personal, signo inequívoco de la pobreza de espíritu, seguirá siendo necesaria al cristiano. Una sobriedad que es austeridad de vida: «No lo olvides: aquel tiene más que necesita menos. No te crees necesidades» (21); una sobriedad que es desamor por las riquezas, y que procede de tener el corazón desprendido de los bienes

(19) *Ib.*, 380.

(20) *Ib.*, 353.

(21) *Ib.*, 630.

terrenos: «Despégate de los bienes del mundo. Ama y practica la pobreza de espíritu: conténtate con lo que basta para pasar la vida sobria y templadamente. Si no, nunca serás apóstol» (22).

El laico cristiano impregnado de este espíritu, que se encontró con Jesucristo por los caminos del mundo, ha de saber que ese encuentro no puede resultar baldío, como no lo fue el del Señor con aquel hombre rico que se llamó Zaqueo. Si también él posee riquezas, para llegar a ser pobre como el Maestro, Dios habrá de pedirle que disponga de ellas, incluso, quizá, con heroísmo: «Si vienen a tus manos, las riquezas, no pongas en ellas tu corazón. Anímate a emplearlas generosamente. Y si fuera preciso, heroicamente» (23). La pobreza evangélica puede ser muchas veces la piedra de toque del heroísmo cristiano, que Dios exija de aquel que es rico en bienes de la tierra.

7. ESPÍRITU AMPLIO Y UNIVERSAL

Llegamos a este punto que juzgo de primordial importancia para poder entender la espiritualidad del Opus Dei, y que nos da también la mejor razón de su admirable adecuación a la variadísima gama de personas que forman la humanidad de nuestro tiempo. El espíritu de la Obra es amplio, abierto, amante de la libertad; sencillamente, católico. Nada hay más ajeno a ese espíritu que la estrechez de miras o la mentalidad aldeana de quien no sabe ver más allá de los horizontes mezquinos de su coto cerrado. «No tengas—dice «Camino»—espíritu pueblerino. Agranda tu corazón, hasta que sea universal, «católico». No vuelas como un ave de corral cuando puedes subir como las águilas» (24). Es difícil leer sin emoción unas palabras generosas de Mons. Escrivá de Balaguer, que si conservarán siempre perenne actualidad para el laico cristiano que desea sentir con la Iglesia, cobran todavía mayor relieve cuando se recuerda que fueron escritas en una época en que Europa entera se hallaba enfebrecida por la epidemia de los nacionalismos: «Ser católico es amar a la patria, sin ceder a nadie mejora en ese amor. Y a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo. ¡Católico!: corazón grande, espíritu abierto» (25).

La amplitud del espíritu del Opus Dei se traduce también en el profundo respeto que siente por la libertad de las conciencias, por la libertad

(22) Ib., 631.

(23) Ib., 636.

(24) Ib., 7.

(25) Ib., 525.

de las almas. Una espiritualidad para los laicos cristianos sería impropia y tiránica si pretendiera constreñirles a todos a seguir un mismo camino. En el Opus Dei, que busca la santificación de hombres y mujeres corrientes, de todo estado y condición, se recuerda siempre que en la casa del Padre hay muchas moradas (26), y que no es lícito entorpecer la acción del Paráclito. Lejos de forzar a las almas a marchar por un solo camino, el espíritu de la Obra convierte en divinos todos los caminos de la tierra. Esté espíritu de libertad, inseparable de una auténtica espiritualidad laical, aparece nítidamente expresado en «Camino»: «Te pasmaba que aprobara la falta de uniformidad en ese apostolado donde tú trabajas. Y te dije: Unidad y variedad. Habéis de ser tan varios como variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales y especialísimas. Y también tan conformes unos con otros como los santos, que no serían santos si cada uno de ellos no se hubiera identificado con Cristo» (27).

De la entraña misma del espíritu del Opus Dei—lo estamos viendo—brota un soplo de aire puro y transparente que ensancha el alma. Es aroma de catolicidad genuina, de libertad de hijos de Dios. Nunca el laico que vive esa espiritualidad podrá tener mentalidad de «partido único» en la Iglesia, ni pretenderá «ser la Iglesia», arrogándose una representación monopolística y acampando en ella como en su propio feudo.

Nunca empuqueñecerá la Iglesia de Dios, achicándola a las angostas medidas de su «grupito». «No me hagáis capillitas dentro de vuestro trabajo. Sería empuqueñecer los apostolados: porque si la capillita llega, ¡por fin!, al gobierno de una empresa universal... ¡qué pronto la empresa universal acaba en capillita! (28). El espíritu del Opus Dei lleva a ver con alegría todos los apostolados, porque ese y no otro es el criterio evangélico: «Es mal espíritu el tuyo si te duele que otros trabajen por Cristo, sin contar con tu labor. Acuérdate de este pasaje de San Marcos: «Maestro, hemos visto a uno que andaba lanzando demonios en tu nombre, que no es de nuestra compañía, y se lo prohibimos.» «No hay por qué prohibírselo, respondió Jesús, puesto que ninguno que haga milagros en mi nombre podrá luego hablar mal de mí. Que quien no es contrario vuestro, de vuestro partido es» (29).

8. ESPÍRITU DE COMPRENSIÓN Y DE UNIDAD

Esta espiritualidad amplia, católica, requiere para encarnarse en la realidad concreta de cada hombre que ese hombre consiga una íntima disposición de ánimo, que no será sino el buen fruto de la semilla que cayó en su corazón. El laico cristiano que vive el espíritu del Opus Dei estará

(26) Cfr. Jn 14, 2.

(27) *Camino*, 947.

(28) *Ib.*, 953.

(29) *Ib.*, 966.

abierto a la más generosa comprensión para con todos los hombres que le rodean. Comprensión que no es una postura táctica ni escéptico irenismo, sino práctica cordial de una de las más delicadas formas de la caridad cristiana: «Más que en «dar», la caridad está en «comprender». Por eso busca una excusa para tu prójimo—las hay siempre—, si tienes el deber de juzgar» (30). El hombre del Opus Dei será intransigente en muy pocas cosas: «Sé intransigente en la doctrina y en la conducta» (31). En la doctrina de salvación, porque no es suya, sino de Dios, y tan sólo la Iglesia es la depositaria y la intérprete autorizada; y en su vida personal, en la conducta propia, porque frente a los demás sabrá comprender siempre: «Estos son los frutos sabrosos del alma mortificada: comprensión y transigencia para las miserias ajenas: intransigencia para las propias» (32).

La espiritualidad del Opus Dei crea en el laico una gran capacidad de comprensión, porque abre su mente y dilata su corazón. Ese cristiano no será nunca hombre de clan o bandería, sino factor de entendimiento y unidad. «Camino» le previene frente al dogmatismo unilateral, que tantas veces falsea los juicios y enciña las relaciones entre las gentes: «No queramos juzgar. Cada uno ve las cosas desde su punto de vista... y con su entendimiento, bien limitado casi siempre, y oscuros o nebulosos, con tinieblas de apasionamiento sus ojos, muchas veces» (33). En nuestros días entristece el ánimo contemplar las divisiones existentes entre los católicos. ¡Cuántos que alardean de tener su mano extendida y abierta hacia los más apartados y distantes, crisan el gesto y cierran el puño cuando se trata de otros católicos con los que no simpatizan! Y frente a esos católicos, a esos hermanos en la fe, con quienes les unen vínculos divinos, se muestran incomprensivos, feroces, implacables, y se ensañan en una crítica destructiva que sólo conduce a hacer más hondas las diferencias o a levantar barreras de odios y enemistades. Por eso, «Camino» pide al cristiani: «No hagas crítica negativa: cuando no puedas alabar, cállate» (34). Y ello, no por encogimiento de ánimo o por falta de libertad de espíritu y ni aun siquiera por tener los ojos cerrados ante la realidad, sino porque esa crítica negativa, a más de estéril, es siempre fácil: «Hacer crítica, destruir, no es difícil: el último peón de albañilería sabe hincar su herramienta en la piedra noble y bella de una catedral. Construir: esta es labor que requiere maestros» (35).

El espíritu del Opus Dei—volvamos a decirlo—enseña al cristiano a ser siempre instrumento de unidad; entre todos los hombres, ciertamente, pero practicando una caridad ordenada, que comienza por el prójimo más «próximo», es decir, por sus hermanos. Las disensiones entre los católicos, las querellas fraticidas, provienen siempre de falta de comprensión y sobra de dogmatismos. Cuando no se vive ni se respeta la libertad gloriosa de los hijos de Dios se pretende imponer a los demás, como si fueran ver-

(30) Ib., 463.

(31) Ib., 397.

(32) Ib., 198.

(33) Ib., 451.

(34) Ib., 443.

(35) Ib., 456.

dades apodícticas, los propios criterios sobre las cuestiones temporales, que Dios ha dejado a la libre disputa de los hombres. Y, en consecuencia, se mira con recelo a otros católicos que no comparten aquellos criterios, y hasta se les considera como los peores enemigos. Esta pretensión es pura y simplemente tiranía, y el resultado un escándalo que desgarrar la unidad del Cuerpo místico de Cristo. Cuando ese desorden es una penosa realidad, como sucede en ciertos ambientes de hoy, muchos laicos cristianos sienten la urgencia de ser apóstoles de la unidad entre sus hermanos, y de recordarles que un católico no puede tener enemigos, y menos todavía entre quienes se hallan unidos a él por los lazos indestructibles de la fe y el amor.

Este espíritu será consecuencia de una educación en la libertad, en el uso de la libertad propia. El Opus Dei enseña a sus miembros que son plenamente libres y plenamente responsables de sus actos cuando actúan en el terreno temporal, como ciudadanos corrientes. Pero que no pueden entonces involucrar a la Iglesia ni a la asociación a que pertenecen por la sencilla razón de que no la representan. Esa formación intenta conducirlos a reconocer y respetar esa misma libertad y esa misma responsabilidad en los demás católicos, cuando proceden en iguales circunstancias. Esta educación es condición *sine qua non* para vivir cualquier auténtica espiritualidad laical y poner término a confusiones y ambigüedades que son el índice—y el fruto amargo—de la supervivencia de una mentalidad imbuida de un pernicioso y nada secular «clericalismo».

9. ESPÍRITU APOSTÓLICO Y SOBRENATURAL

El laico cristiano sabe que, por ser discípulo de Jesucristo, tiene una misión apostólica que cumplir. La caridad le apremia a no desentenderse de la suerte de sus hermanos los hombres, por los que derramó su sangre redentora el Señor, y a cooperar activamente en la obra de su salvación. Haría falta mutilar el evangelio, arrancar de él páginas enteras, mixtificar el sentido de la Encarnación del Hijo de Dios y cerrar los oídos a sus palabras para silenciar la urgencia de aquel deber apostólico, que al cristiano le impone el mismo nombre que ostenta.

El Opus Dei es una empresa sobrenatural, que busca la salvación y santificación de muchos hombres, y su espiritualidad es reciamente apostólica. Una muchedumbre de laicos cristianos—varones y mujeres—trabajan hoy en la Obra, poniendo los mejores afanes de su vida al servicio de Dios, de la Iglesia, de todos los hombres. Es posible que haya gentes que, ante la realidad de lo que es hoy el Opus Dei en el mundo, a la vista de su «éxito», busquen explicaciones meramente humanas y aun atribuyan móviles interesados a los cristianos que dedican su existencia en la Obra a servir a Jesucristo. Esta especie, a más de gravemente injusta

—calumniosa—, carece de originalidad y es tan vieja como el evangelio: contra el Señor la propalaron a porfía escribas y fariseos, y hasta sus milagros achacaron al poder de Belzebú. No hay, pues, razón de sorprenderse: «No es el discípulo más que el maestro» (36). Pero esa especie suele ser síntoma inequívoco de que aquel que es capaz de concebirla, él, sí, sería también capaz de actuar por esos móviles torcidos y miserables, que atribuyen alegremente a los demás. Por fortuna, existen en el mundo infinidad de almas rectas, de corazones nobles, a quienes lo que les atrajo al Opus Dei fue ver cómo en él se cumplen a la letra estas palabras de «Camino»: «Las obras de Dios no son palanca ni peldaño» (37). Hombres que entendieron el consejo de Cristo, «mejor es dar que recibir» (38), y se sintieron y se sienten atraídos cuando se les dice: «Ve al apostolado a darlo todo, y no a buscar nada terreno» (39). Este es el «atractivo» del Opus Dei, la clave del éxito, la razón de su dinamismo, su única fuerza.

Los medios que emplea el cristiano en el Opus Dei para alcanzar el fin sobrenatural que se propone, no son los sugeridos por ninguna táctica humana, por inteligente y «apostólica» que fuera. Son medios esencialmente sobrenaturales: «Son los mismos de Pedro y de Pablo, de Domingo y Francisco, de Ignacio y Javier: el Crucifijo y el Evangelio. ¿Acaso te parecen pequeños?» (40). Y «Camino», que da así respuesta al posible escéptico o timorato, deja bien claro cuál ha de ser la definitiva escala de la eficacia cristiana: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción» (41). Que junto a los medios sobrenaturales haya de emplear también medios terrenos, es verdad de a puño que no hace falta razonar: estamos en la tierra, hay que trabajar con hombres y no con ángeles, y las labores se sacan adelante a costa de sudor y esfuerzo, sin esperar a que caiga el maná llovido del cielo. Pero el laico cristiano que trabaja por Cristo y que vive la espiritualidad de «Camino» nunca perderá de vista esta advertencia: «En las empresas de apostolado está bien—es un deber—que consideres tus medios terrenos ($2 + 2 = 4$), pero no olvides ¡nunca! que has de contar, por fortuna, con otro sumando: Dios $+ 2 + 2...$ » (42). La historia del Opus Dei desde 1928, la conversión de la menuda simiente en una empresa de dimensión universal, donde se integra esa multitud de hombres, de tan dispar formación, mentalidad y procedencia, es una muestra tan impresionante del vigor sobrenatural de un espíritu, que el mismo observador que contemplase el fenómeno con visión meramente «científica» bordearía el ridículo si quisiera explicarlo por la eficiencia de unos medios terrenos, o la sabiduría de la más genial y depurada de las tácticas.

(36) Mt 10, 24.

(37) *Camino*, 915.

(38) Act 20, 35.

(39) *Camino*, 918.

(40) *Ib.*, 470.

(41) *Ib.*, 82.

(42) *Ib.*, 471.

10. SANTIFICACIÓN DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

La espiritualidad del Opus Dei, una espiritualidad primordialmente laical, ha descubierto nuevos horizontes a multitud de laicos que viven en el mundo y que son esposos cristianos, padres y madres de familia. El matrimonio puede ser para ellos camino divino, porque es un sacramento santo, fuente de gracia para afrontar con su ayuda las exigencias, tantas veces heroicas, que requiere el fiel cumplimiento de los deberes que impone. «El matrimonio es un sacramento santo. A su tiempo, cuando hayas de recibirlo, que te aconseje tu director o tu confesor la lectura de algún libro provechoso. Y te dispondrás mejor a llevar dignamente las cargas del hogar» (43). El esposo, la esposa, toman conciencia del sentido vocacional de su estado: también ellos han de procurar santificarse, porque su matrimonio puede servir de vocación de santidad: «¿Te ríes porque te digo que tienes vocación matrimonial? Pues la tienes: así, vocación. Encomiéndate a San Rafael, para que te conduzca castamente hasta el fin del camino, como a Tobías» (44).

Este reconocimiento de la noble dignidad sobrenatural del laico cristiano que ha abrazado el estado matrimonial no puede, sin embargo, hacer olvidar que la virginidad o la castidad perfecta, como estado, es superior al matrimonio. El testimonio del evangelio y del Apóstol San Pablo sobre este punto es de una claridad meridiana, y la tradición cristiana ha subrayado siempre esta primacía, por lo que la Iglesia exige el celibato a los sacerdotes del rito latino y, en Oriente, a todos aquellos a quienes va a confiar las funciones propias de la jerarquía. Por eso, dice «Camino»: «El matrimonio es para la clase de tropa y no para el estado mayor de Cristo» (45).

Esta frase no ha sido siempre bien entendida, en parte por considerarla aislada del contexto de otros puntos de «Camino», como los dos anteriores, pero, sobre todo, por no comprender bien lo que la propia frase significa. José María Casciaro ha escrito a este propósito con toda razón: «La expresión clase de tropa significa un grado en la jerarquía, una situación concreta, un estado (el matrimonio) en el que el hombre puede y debe también encontrar la santidad y la unión con Dios. Sólo puede verse en esa expresión un sentido peyorativo, como de desprecio, quien—continuada con la metáfora—crea que es peyorativo ser soldado y no general. Cuando se sabe bien que en una guerra, el último soldado de la clase de tropa puede por sus méritos y su valor conseguir la laureada, mientras quizá el general no.» ¡Y son tantos los esposos cristianos alentados por el espíritu del Opus Dei que se están ganando con su heroísmo, no un bastón de mando en la Iglesia, sino la laureada de la santidad!

(43) Ib., 26.

(44) Ib., 27.

(45) Ib., 28.

11. AMOR A LA IGLESIA

Es hora ya de terminar esta rápida exposición de algunos trazos característicos de la espiritualidad del Opus Dei, tal como la hemos visto expresada a través de las páginas de «Camino». Me doy perfecta cuenta de que convendría hacer referencia a tantos otros aspectos que ocupan un lugar importante en la espiritualidad del Opus Dei, como el sentido de filiación divina, la devoción a la humanidad santísima de Jesús, el espíritu eucarístico, el amor a la liturgia; pero no es posible prolongar ya estas páginas. Mas si la visión que haya podido obtener el lector por fuerza tiene que resultar incompleta, sería con todo imperdonable no aludir siquiera a un rasgo del espíritu de la Obra de primordial importancia: la adhesión rendida, el amor filial a la santa Iglesia católica. Mons. Escrivá de Balaguer ha sido maestro en ese amor para todos los que viven la espiritualidad del Opus Dei: «¡Qué alegría—escribe en «Camino»—poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia santa!» (46). Un amor cuajado en obras, que «es voluntad de servir fidelísimamente, aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida, a la Iglesia de Dios» (47).

Muchos cristianos han aprendido en «Camino» a amar y servir así a la Iglesia; y estos hombres y mujeres, que no son más que simples fieles y que agradecen a Dios que les haya llamado a vivir su vocación cristiana en la plenitud de la condición laical, agradecen también al fundador del Opus Dei que les haya enseñado con su ejemplo constante a amar y venerar a esas otras almas, con vocación diversa que la suya, a las que Dios llamó a segregarse del mundo y a servirle en la vida religiosa. Porque un hombre que vive el espíritu del Opus Dei jamás podrá olvidar estas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer: «Si no tienes veneración suma por el estado sacerdotal y el religioso, no es cierto que ames a la Iglesia de Dios» (48).

JOSÉ ORLANDIS

Catedrático de la Universidad de Zaragoza

(46) Ib., 518.

(47) Ib., 519.

(48) Ib., 526.